

HISTORIA, POBREZA, RIQUEZA Y CULTURA

Landes, David. *La riqueza y la pobreza de las naciones. ¿Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres?*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999, 604 páginas.

“Si alguna lección puede sacarse de la historia del desarrollo económico es que la cultura es el factor determinante por excelencia”. (p. 471). En estos términos se resume el principal mensaje de este libro. Así responde el autor a una doble pregunta: ¿por qué hay naciones pobres y naciones ricas y cuál es la contribución de la historia en la comprensión de esta cuestión?. El autor entiende por cultura el espíritu de empresa, el conjunto de valores que guían la conducta de una población, el dominio de la ciencia, la tecnología y el espíritu racional. Europa Occidental triunfó gracias al espíritu de empresa propiciado por el calvinismo, espíritu que se trasladó a las colonias inglesas en América. Los europeos, los ingleses en primer lugar, realizaron la primera revolución industrial cuya tecnología e instituciones partieron hacia otras regiones del mundo. Los europeos y norteamericanos inventaron más que los demás y si bien no lo inventaron todo sí aprendieron con voracidad y estuvieron en mejores condiciones de diseminar el conocimiento y transmitirlo de generación en generación. En este proceso contó mucho la actitud, la voluntad para enfrentar el medio geográfico, para rebelarse contra antiguas tradiciones de hacer las cosas, de emular las costumbres y técnicas extranjeras y de adoptar una actitud racional y mecánica con respecto a la manipulación de las fuerzas naturales. Lograron, finalmente, que la ciencia fuera autónoma, consolidaron el método científico e hicieron de la investigación una práctica habitual. He ahí los secretos del triunfo.

También en el Japón moderno el espíritu de empresa explica su acelerado progreso del último siglo. Es este el ejemplo de una sociedad que, aunque llegó tarde a la revolución técnica y científica, hoy es uno de los países más ricos gracias a que allí se desarrolló una cultura del ahorro, del esfuerzo y de la disciplina individuales. “Japón no era calvinista pero sus hombres de negocios adoptaron una ética de trabajo muy similar. La clave radica en el compromiso con respecto al trabajo, más que la prosperidad” (p. 335), en cambio en los países de influencia española y en la propia España predominó la ética de la ganancia fácil, la rapiña y el saqueo. Estos países respondieron al cambio encerrándose en sí mismos e imponiendo la censura, cuyos resultados fueron la intolerancia religiosa e intelectual. De esta manera, perdieron el tren de la revolución científica. A los países hispanoamericanos la independencia les cayó del cielo, pues no procedió ni de la ideología colonial ni de la iniciativa política, “sino de las carencias y reveses de España”(p. 291). No hubo en estos países unidades políticas modernas ni sociedad civil: la única institución coherente fue la Iglesia Católica, aferrada a privilegios jurídicos y opuesta a todas las novedades intelectuales. Todo esto hizo que fueran pocos los cambios económicos, que hubiera poco desarrollo industrial y que se careciera de conciencia de desarrollo económico.

En Asia la situación ha sido similar. El fundamentalismo islámico se ha convertido en obstáculo intelectual al cambio. Los países del Cercano Oriente han vivido en una frágil prosperidad como consecuencia del *boom* petrolero. En la lejana China, el aislacionismo y el rechazo al extranjero la sumieron en el letargo tecnológico y científico. Se exceptúan los llamados tigres del Asia; allí los “activos principales han sido una ética del trabajo que genera una gran productividad a cambio de salarios bajos y, al igual que Japón, una habilidad manual extraordinaria que procede de la costumbre de comer con palillos” (p. 433). África exhibe los peores resultados: algunos países tienen índices de crecimiento e ingreso inferiores a los que tenían antes de ser libres; sus amos coloniales no les enseñaron gran cosa. Y los líderes nativos que pudieron estudiar en las metrópolis “aprendieron más teoría política y social que ciencias aplicadas y conocimientos técnicos prácticos; los ingredientes de la revolución, más que de la producción” (p. 394)

Ahora bien, se reconoce que la cultura no es factor único ni aislado; es cierto, y así se nota en el estudio que en esta obra se hace de la riqueza y de la pobreza; pero al no tenerse en cuenta agentes de cambio, claves en ciertos procesos, la explicación del predominio europeo resulta finalmente poco persuasiva. Tal como lo ha mostrado William McNeill, Landes no dice nada del crecimiento demográfico en vísperas de la revolución industrial ni del incremento de población en el siglo XX que tanto ha afectado a la pobreza del tercer mundo. A juicio de McNeill, el excepcionalismo europeo no data del siglo XI sino del XIV y está relacionado con la crisis de población que resultó de la peste de 1348. Fue entonces cuando Europa incorporó las invenciones tecnológicas procedentes de China. Fue la época en que los bienes de consumo común (pescado, grano, sal, vino) se convirtieron en artículos de primera necesidad en el comercio europeo. Una población más reducida y con el mismo espacio se pudo enriquecer, los campesinos comenzaron a especializarse y a vender productos en la ciudad¹. Hay razón en esta crítica. Más aún, algunas de las conclusiones del libro no son, a mi juicio, convincentes. Así, por ejemplo, es dudosa la sugerencia de que en la Europa cristiana medieval, a diferencia de la China de la época, ya hubiese control natal mediante la práctica del matrimonio tardío, los nacimientos espaciados y los hogares pequeños, también lo es la afirmación de que los europeos veían en los hijos una carga potencial en época de miseria. De esto último sólo menciona como prueba las historias de *Hansel y Gretel* y *Pulgarcito*. Los resultados de los demógrafos medievalistas van en otro sentido; en una economía agrícola como la medieval que dependía de una abundante mano de obra, no era despreciable tener un buen número de hijos. David Herlihy ha destacado la importante inversión socioeconómica que las familias medievales estaban dispuestas a hacer por sus hijos². Como en China, también en Europa predominaba la reproducción intensiva. El matrimonio tardío es una práctica que parece no haber sido anterior al siglo XIV; las familias solían tener más de cuatro hijos. Según Jeffrey Russel,

¹ William McNeill, “How the West Won”. *The New York Review of Books*, April 23, 1998, p.38.

² David Herlihy, “Medieval Children”, capítulo de su libro *Women, Family and Society in Medieval Europe*, Oxford, Berghahn Books, 1995.

hacia el año 1000, en conjunto las mujeres de los campesinos medievales tenían de cinco a seis hijos cada una,³ de los cuales algunos morían a tierna edad debido a la alta tasa de mortalidad infantil.

Según McNeill, en *La riqueza y la pobreza de las naciones* se pasa por alto el papel determinante del mercado militar de bienes producidos en masa en la consolidación de la revolución industrial. El hecho de que Inglaterra estuviera en guerra entre 1754 y 1815 afectó el curso de la revolución cuando cientos de miles de soldados pobres tuvieron que ser vestidos y armados. Este olvido, continúa McNeill, se explica por la indecisa conclusión de Landes acerca de la relación entre economía y política. Éste cree que la intervención del estado algunas veces ayuda y otras impide el desarrollo económico y no dice cuál es el tipo de gobierno que se necesitaría para promover el trabajo fuerte y otras virtudes privadas⁴. Opino, sin embargo, que sí se decide. El tipo de gobierno que prefiere Landes es aquel que protege y otorga garantías a la iniciativa y a la empresa privada; por eso considera que las medidas proteccionistas son útiles en las etapas de formación industrial, pero luego será preferible dejar actuar al mercado. “Japón se limitaba a seguir al respecto el ejemplo anterior de los europeos y norteamericanos: protección hasta que sea tan poderoso que no haya nada que temer de la competencia” (p. 431). Alaba las instituciones japonesas porque son severas con los sindicatos; allí, los días de asueto se dedican al trabajo, las huelgas son raras y los conflictos no se resuelven mediante el recurso de la presión; un estado, en fin, que contribuya “a la defensa del mundo de los negocios”(p.474).

En esta obra, el medio geográfico constituye un factor clave en la comprensión de las razones históricas del atraso y del progreso. El clima y los regímenes de lluvias de Europa ofrecen notables ventajas de las que carecen los trópicos. Los países que hoy son más ricos tuvieron que enfrentar un medio geográfico menos hostil, con lluvias más regulares y climas no tan cálidos. El calor intenso del trópico hace difícil el trabajo y produce insectos y parásitos y, con ellos, numerosas enfermedades. No es simple casualidad que la esclavitud se haya extendido precisamente en esos lugares: en un clima tan inhóspito la mejor manera de producir era obligando a otros a trabajar(p.22). Pero no se trata de un determinismo geográfico, como pudiera pensarse a primera vista. El autor considera que es erróneo ver la fuerza del destino en la geografía, pues el medio se puede modificar, reducir o desviar y la clave para ello son la ciencia y la tecnología. Más aún, las costumbres y las instituciones, es decir la cultura, pueden acentuar en vez de mejorar las difíciles condiciones del medio ambiente. Es el caso de aquellos grupos africanos que, en nombre de la preservación de las costumbres, se oponen a la medicina occidental como remedio eficaz a ciertas enfermedades.

Un libro como éste no podía ser ajeno a los debates sobre la coyuntura mundial actual; pone en duda la fe en el total poder del mercado al considerar los antecedentes históricos que permiten concluir: a)“los beneficios derivados del comercio son

³ J. C. Russell, “La población en Europa del año 500 al 1500”. Capítulo del libro editado por Carlo Cipolla, *Historia económica de Europa. La Edad Media*, Barcelona, Editorial Ariel, 1979, p. 70.

⁴ McNeill, “How the West Won”, p. 39.

desiguales”, b) “la exportación e importación de puestos de trabajo no pueden equipararse al comercio de productos de consumo”, c) “la ventaja comparativa no es inamovible: puede hacerse beneficiosa o perjudicial” y d) “el mero hecho de que el mercado dé señales de algún tipo no significa que las personas reaccionen oportuna ni convenientemente” (p. 476). Sin embargo, el tono general es el de una defensa de la economía de mercado y una invocación a una reducida intervención del Estado en la gestión económica. Con esta mirada, Landes interpreta la historia de otras épocas, juzga que los periodos de éxito económico coincidieron con los de libertad de empresa. Esta última ha sido históricamente la garantía del progreso. A manera de ejemplo, veamos lo que se afirma sobre la época medieval.

Se dice que fue precisamente en la Edad Media cuando Europa tomó la delantera. Ello se debió a que entonces se redescubrió el derecho de propiedad. Entre los germanos, cada guerrero era dueño de sus posesiones; las propiedades eran modestas debido a los continuos desplazamientos; el poder emanaba de la obediencia “libremente consentida por el grupo” (p.46). Más aún, la cristiandad medieval protegía la propiedad privada y limitaba la pretensiones de la autoridad terrenal al considerar que los gobernantes no podían hacer lo que se les antojara; ni siquiera la Iglesia podía vulnerar los derechos y apropiarse de lo ajeno. La defensa de la libertades individuales y de la propiedad privada se consolidó con el surgimiento de las ciudades cuyo gobierno estuvo a cargo de los mercaderes. El crecimiento urbano estuvo acompañado de notables avances técnicos los cuales fueron obra de la minoría urbana que detentaba los secretos técnicos. Esta historia se contrasta con la de China imperial donde los imperios aristocráticos no pensaban en el aumento de la productividad; se limitaban a oprimir hasta suscitar la rebelión. El estado supervisaba, legislabo. Allí imperaba un sistema totalitario. China tuvo notables inventos pero se atribuye su regresión tecnológica a la “inexistencia de un mercado libre y la no institucionalización de los derechos de propiedad” (p. 65), así como a la constante injerencia del estado en la empresa privada.

Esta interpretación, empero, no parece estar respaldada por las investigaciones recientes. Veamos por qué. a) Por lo que se sabe, los germanos al momento de entrar en contacto con la sociedad romana en el siglo IV ya habían logrado una notable concentración de la propiedad. b) Estudios recientes permiten concluir que el crecimiento urbano y las innovaciones tecnológicas en el campo fueron resultado de un éxito agrícola. No hay que exagerar la autonomía de las ciudades como condición de su éxito comercial. Hace años lo demostró Rodney Hilton: las ciudades que gozaron de mayor independencia política no fueron necesariamente las más desarrolladas desde los puntos de vista social y económico⁵. Con razón, William H. McNeill ha señalado que

⁵ R. Hilton, Introducción al libro *Transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, editorial Crítica, 1977, p. 34. Sobre este limitado poder de las libertades urbanas y la relación campo-ciudad, véase también Jacques Heers, *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Editorial Crítica, 1995. En especial el capítulo cuarto de la tercera parte. Sobre el origen rural de las ciudades y las innovaciones técnicas puede consultarse a Georges Duby, *Guerreros y campesinos*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1980.

una de las limitaciones del libro de Landes es la concentración casi exclusiva en las actividades comerciales e industriales de las ciudades; los empresarios rurales casi no aparecen⁶. c). El imperio chino no fue obstáculo al desarrollo comercial y tecnológico; por lo menos hasta el siglo XVIII, esa prosperidad fue pareja del centralismo político. Como lo advierte Charles Tilly, Landes desconoce los argumentos de quienes han mostrado con estadísticas de ingreso y de producción que Europa, alrededor de 1800, no estaba muy lejos de los países no europeos. Defender la tesis de la superioridad europea antes del XVIII supone o demostrar que los progresos de Asia fueron resultado de interrelaciones con Europa o minimizar la amplia evidencia de la prosperidad de Asia. Landes, concluye Tilly, no ofrece evidencias de lo primero; no hay en su libro una explicación bien sustentada del supuesto atraso asiático; más bien, se esfuerza por subestimar los logros de Asia durante los siglos XVII y XVIII⁷.

La riqueza y pobreza de las naciones sobreestima la cultura inglesa y protestante; podría uno decir que la considera superior; juzga con severidad las atrocidades de los españoles en América y con benevolencia las de los ingleses; cree que la crueldad de éstos no fue similar a la de aquellos: “los colonos británicos no fueron capaces de matar a sangre fría... Si yo hubiera sido indio habría preferido morir a manos de británicos que de españoles. Me habrían matado igualmente, pero de esa forma me habrían encaminado a mi muerte de una manera rápida y razonablemente entero”. (p.84). Donna Guy responde: eso no lo hubieran pensado los sobrevivientes de los ataques ingleses a la nación Pequet, en 1637: Tortura es tortura⁸. Ella supone que mientras los protestantes fueron tolerantes, los católicos promovieron el oscurantismo y la persecución contra brujos y herejes. No se es equitativo en esta apreciación. Baste con citar el caso del médico Miguel de Servet, de quien puede decirse que tuvo el honor de ser perseguido a la vez por católicos y protestantes. Un espíritu antifrancés recorre el libro; a los franceses los acusa de “chovinismo intelectual” (p.177), de ser orgullosos, de no aceptar la pérdida de parcelas de poder, de persistir en un sistema de seguridad generoso y de no haber aprendido a producir a gran escala. Opina que Francia proporcionó a sus colonos una educación que los alienó con respecto a la cultura nativa; les enseñaron la esencia de las virtudes republicanas, lo que sirvió para formar rebeldes o “para detestarse a sí mismos” (p. 396), ejemplo de lo cual son Ho Chi Minh y Pol Pot. Es ésta, por supuesto, una acusación gratuita. Las virtudes republicanas que se forjaron en la Revolución Francesa son hoy patrimonio de la civilidad; garantía y fundamento de la democracia moderna. No pueden ser ellas las responsables de los crímenes que Pol Pot cometió; esto sería tanto como acusar a las universidades inglesas de los delitos de los que resulten culpables sus alumnos. Esa misma educación francesa ha forjado intelectuales de los que Europa se siente aún orgullosa.

⁶ McNeill, “How the West Won”. p. 38.

⁷ Tilly, Charles, “A Grand Tour of Exotic Landes”, *American Historical Review*, October, 1999, p. 1255.

⁸ Donna Guy, “The Morality of Economic History and the Immorality of Imperialism”. *American Historical Review*, October, 1999, p. 1250.

En la comprensión de la pobreza; el autor descarta de plano ciertas razones; entre ellas, la explotación, la coerción y el imperialismo. Sostiene que este último, aunque impuso sufrimientos materiales y psicológicos, trajo beneficios: que las naciones sin el imperialismo no hubieran progresado, que el tutelaje es una buena escuela y que la libertad no trajo la prosperidad. Sugiere que algunos países hicieron mal en independizarse; así mismo, se expresa en contra de los intelectuales antiimperialistas y anticolonialistas. Pareciera que no importaran los costos humanos en libertades y en sufrimientos que ha traído la historia del capitalismo; lo que le interesa es que funcione; de ahí su elogio a la disciplina japonesa con la estricta subordinación de la fuerza laboral pues, si se quiere ser competitivo, se debe adoptar esta conducta.

La solución para las naciones pobres es entonces trabajar; es esto lo que Landes recomienda. Según su opinión, la historia enseña que la cura más eficaz contra la pobreza reside en sus propias víctimas. La ayuda externa puede servir pero a veces puede ser obstáculo por cuanto puede desalentar a acometer esfuerzos propios. Y concluye: “lo que cuenta es el trabajo, la capacidad de ahorro, la honestidad, la paciencia y la tenacidad. (...)No hay mayor empobrecimiento que el auto-empobrecimiento personal” (p.477). Pero, como recuerda William McNeill, la historia económica de los tres últimos siglos parece mucho menos predestinada de lo que es para Landes; mucho menos dependiente del trabajo duro, de la moralidad privada y mucho más producto de “un precario matrimonio de conveniencia entre hombres con poder y hombres con dinero”⁹.

Abel Ignacio López

*Profesor, Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

⁹ McNeill, W. “How the West Won”, p. 39